

III Semana de Cuaresma (Año Par)

Martes

Mt 18, 21-35

Si no perdonan de corazón a su hermano, tampoco el Padre celestial los perdonará a ustedes. Nadie es capaz de perdonar a los demás, si antes no ha hecho a su vez la experiencia de ser perdonado. Así, la confesión se presenta como el camino real para llegar a ser verdaderamente libres, experimentando la comprensión de Cristo, el perdón de la Iglesia y la reconciliación con nuestros hermanos.

El perdón es el signo más alto de la capacidad de amar como Dios, que nos ama y por eso nos perdona constantemente. Todos tenemos necesidad del perdón de Dios y del prójimo. Por tanto, todos debemos estar dispuestos a perdonar y a pedir perdón.

El creyente sabe que la reconciliación proviene de Dios, el cual está dispuesto siempre a perdonar a cuantos acuden a Él, y a cargar sobre las espaldas todos sus pecados (cf. Is 38, 17). La inmensidad del amor de Dios va mucho más allá de la comprensión humana, como recuerda la Sagrada Escritura: "¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido" (Is 49, 15).

El amor divino es el fundamento de la reconciliación, a la que estamos llamados. "Él, que todas tus culpas perdona, que cura todas tus dolencias, rescata tu vida de la fosa, te corona de amor y de ternura [...] No nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas" (Sal 103 [102], 3-4.10).

El tiempo de cuaresma es un tiempo propicio para pedir perdón y dar perdón. Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)